



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 10.115

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR 21

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde el 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

LUNES 22 DE JULIO DE 1895

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

ALAMBIGUES

Aparatos para alcoholes de 39 á 40º Id. » aguardientes » 24 á 26º Id. » anisados.
Alambigues aguardenteros con coque y boyá de graduación, serpentin y depósito refrigerante.
Id. completos con ánfora, arbo de bronce, serpentin y depósito.
Prensa para aceites y otros muy económicos.
Prensas, azufradores, y cuanto concierne á la elaboración de vinos.
Camilo Pérez Larbe.—Castellini 12.

JUVÍ.

(CUENTO)

Fernando Juví era muy desgraciado: amaba y no tenía una peseta que digo una peseta? ni cinco céntimos tenía que pudiese decir que eran suyos.



Que su amor no lograba correspondencia parece innecesario decirlo; aunque los artistas suelen pintar al amor ciego y desnuado, en esta época de positivismo físte bien y ve perfectamente; y aquello de «código pan y cebolla» ha caído en desuso hace mucho tiempo; si es que efectivamente lo estuvo alguna vez, lo cual no creo.
El pobre Fernando, como digo, era muy desgraciado. Tenía muy

buena figura, eso sí, y una calaña de ojos que, valga la frase vulgarísima, daba la hora; era lo que se llama un buen mozo; pero ¡ay! eso no bastaba para su manutención y precisó entretenerse; y el desdichado Juví, fuera de lo de ser buen mozo, ninguna otra habilidad tenía. Nunca supo nada de nada, ni aprendió más oficio que el de hacer la gallarda de su persona por esos mundos de Dios, llevándose de calle, eso sí, á cuantas hembras encontraba en su camino.

Todo eso duró mientras vivieron los padres de Juví; pero después de este hubo de comprender que el ser bien parecido no es, por regla general, una profesión; bien que algunos muchachos, de mucha suerte



y muy poca vergüenza vivan y triunfen explotando en el teatro y en el cine, según queda dicho, amaba y no tenía que comer, bebía los vientos (única bebida que podía permitirse en aquel su estado de inopia aflictiva), por comer á diario algo caliente y por cubrir aquello que, por muy hermoso que sea, el propio decoro no permita llevar descubierto.
En un artículo de cierto ingeniero ó inagotable escritor festivo, artículo que la providencia compasiva hizo llegar á manos de Juví, halló éste la tabla de salvación en aquella deshecha borrasca de su vida, que ya no era vida, si no muerte.
En el artículo á que se alude refería el famoso y nunca bien ponderado escritor las aventuras de un

joven, muy parecido por sus condiciones personales á Fernando y que para cubrir sus necesidades y sus carnes, se había hecho maniquí y vendedor de estropajos y rasas hechas.

Ofreció, en este concepto, sus servicios á un comerciante que vio, enseguida, las ventajas del negocio



Y aceptó muy alegre el ofrecimiento. Al día siguiente pudo Fernando hacerse una tarjeta ofreciendo á los amigos su nueva profesión: FERNANDO JUVÍ, (Bachiller y Maniquí.)

Y allá, sobre lindísima peana de ébano, mostrábase el buen mozo, en todo el esplendor de su varonil belleza; girando sobre sus talones para que el público inmenso, atraído por el ruido de las puertas de la puerta pudiera examinar á Juví en todas sus partes, que, vestido por el arrogante y esbelto y bien proporcionado Juví, parecía otro tanto.
Aquella profesión, no del todo difícil, aunque algo molesta, y sobre todo humillante, permitió á Juví comer y beber como una persona natural, y además vestir con lujo relativo. Y lo que aún fue más grato, le proporcionó medio de llegar hasta la hermosa por quien aspiraba y declarararle su agraviado pensamiento.
Iba todo á pedir de boca; el bazar del maniquí guapo prosperaba; Fernando bien comido, bien bebido y bien trajado era casi dichoso: cuando un día ¡día funesto! halláronse

dese Juví en el ejercicio de sus funciones, vio con espanto que se dirigían hacia la parte del establecimiento en que él daba vueltas sobre la peana de ébano, su novia y



la madre de su novia. Esta se había fijado en la figura del maniquí y no apartaba de él los ojos. Juví, al verla, se quedó como un muerto y quedó de espaldas al público que río, como siempre, al presenciar las evoluciones del maniquí. Pero Fernando comprendió que su novia continuaba mirándole; no la veía, pero parecía como si sintiera el calor de los ojos de la preciosa niña clavados en su traje; y cuando los curiosos impacientes se gritaban: «que se vuelva, que se vuelva», adoptó una resolución resolutiva: se volvió, rígido, como los cáncamos cuando hacen de estatuas del Comendador del Tenorio, se bajó majestuosamente del pedestal y sin volver atrás la vista salió del bazar; interrumpió entre el público que le contemplaba con asombro, se abrió paso y se alojó con precipitación luciendo dos tarjetones en que podían leer los transeúntos:
Tenje completo 160 pesetas
Género extra 300 pesetas
Uno de los dependientes á quien llamara la atención la grita y la risa de los curiosos, echó de ver que sucedía y comenzó á gritar: «El maniquí se va con la ropa».
Y es claro; corrieron tras él, lo

alcanzaron, y el pobre Juví perdió su colocación. se quedó sin novia y estuvo preso algunos meses por tentativa de hurto.



Bien sabe Dios que era inocente.
A. SANCHEZ PEREZ.
Mayo 1895.
(Prohibida la reproducción)

MICROSCOPICAS

EL VERANEO.

«Estamos en pleno verano».
Cada cual ha desfilado por donde ha podido, llegando á donde le permitieron recursos.
Los hoteles, extranjeros y los cascos próximos se hayan enajenados por sus respectivas sociedades veraniegas.
Hemos hecho lo que hizo antes Mahoma: hemos llamado á la gente para que venga á visitarnos y á dejarse los cuartos en tiendas y fondas y como la gente no ha venido, hemos salido nosotros en su busca, no á recibirlos al pie, á quedarnos con ellos.
Es verdad que nuestro llamamiento nunca es tan expresivo como debiera. Ofrecer á cambio de una temporada en este horno en que nos achicharramos durante la calidura, unos cuantos colchones y algún otro festejo de igual importancia, por toda diversión, no es cosa que llente el deseo de nada.
Hicimos lo que hacen la Coruña, Santander, Barcelona, Málaga, Alicante y demás poblaciones de la costa y vendimos también líneas á Cartagena el tren botijo y los demás trenes.
Pero nos hemos empeñado en quedar por allá y mientras las playas seguras están llenas de gente forastera, aquí se va por las playas más gente que nunca, que los conculcistas que llegan corriendo una inmensidad.
Pasaron ya los tiempos, en que Cartagena se llenaba de forasteros durante el

—Fernando lo escuchó lleno del interés más íntimo, y del más grande dolor, por el sufrimiento que naturalmente había de padecer, la que tanta parte de sus sentimientos seguía aun escapado.
—Ya ves—esclamó el conde resumiendo los hechos principales de la historia que refería, y seguidos, presentándolos al juicio de Carvajal, ya ves el abuso inicuo que de mi confianza se hizo, ya ves la vil seducción que sobre Laura ejerció, ya ves el ridículo de que mi credulidad me cubrió, ya ves en fin, la imposibilidad de desentenderse de esta villanía, y la imposibilidad de autorizar con mi sanción un casamiento con semejante hombre. La máscara quitada hubiera podido castigarle, solo con hacer su imputura pública, y hacer recaer en él la merecida indignación de todos los que habían sido juguete de su engaño; pero nacido caballero, antes de hacer pública su deshonra, le ofrecí un medio de evitar esta terrible medida, proponiéndole que inmediatamente saliese de Sevilla, y con su marcha cubrir el honor de nuestra burlada familia.
—No te proceda—ya pudo, menos de decir Fernando interrumpiéndole.
—Que consiguiera—contestó en seguida al conde—la carta más insolente y audaz que un hombre puede dirigir á otro; y aunque indigno de ello, no solo por

—Tengo un apetito terrible—esclamó Bonavides haciendo la maña, amplia justicia á toda lo que tenía de hambre, y á la verdad, no debe extrañarse. No he dormido esta noche, y he pasado una mañana cruel.
—Pasa lo mismo—contestó bien pudiera usted de una vez satisfacer mi curiosidad, y acabar de desahogarse.
—La vida y desagradable es mi historia—contestó al fin—no quiero molestarte con ella, házme que ambos hayamos satisfecho esta eterna necesidad de la humana naturaleza, que así en las circunstancias en que menos caso debía hacerse, reclama imperiosa sus derechos—y sin otra palabra más, volvió satisfecho su apetito voraz.
—Será en semejante instante—dijo al conde—el mismo efecto que lo maraña cuando ya trató de salir de la casa desahogado sobre el indeseado Juví, indio hubiera tratado en él el actor principal en el drama cruel que aquella mañana había sido representado.
—Alma satánica en su maldad, sin una sombra de remordimiento á pesar que le agudizará el espíritu, pudo, después del desahogo, con fría indiferencia y sadista sin igual, referir lo que le convino del suceso, que á sepultarse en Coria le abrigaba por ahora,

—«Yo me he empeñado en quedarme por allá y mientras las playas seguras están llenas de gente forastera, aquí se va por las playas más gente que nunca, que los conculcistas que llegan corriendo una inmensidad».
Pasaron ya los tiempos, en que Cartagena se llenaba de forasteros durante el